

EL FILÓSOFO DE SILICON VALLEY

Alex Karp, Palantir y el auge de la vigilancia estatal

MICHAEL STEINBERGER

The Philosopher in the Valley. Alex Karp, Palantir, and the rise of the surveillance state

© Michael Steinberger, 2025

© Primera edición en Shackleton Books, S. L., 2026

© Publicado mediante acuerdo con la editorial original,

AVID READER PRESS, sello de SIMON & SCHUSTER, LLC,

1230 Avenue of the Americas, Nueva York, Nueva York 10020, EE. UU.

© de la traducción: Antonio Vallenilla Nebreda, 2026

Shackleton
—books—



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonallettera Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Ana Montero

Fotografía de cubierta: © Cordon Press

Diseño y maquetación: Estudi Purpurink



ISBN: 978-84-1361-802-9

Depósito legal: B 6833-2026

Impreso por ELCOGRAF (Italia)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

A Kathy, James y Ava (y a Patches, también)

CONTENIDO

Prólogo. Creando un mundo seguro para él	9
Capítulo 1. La fábrica de harapos	25
Capítulo 2. Llegado de otro planeta	46
Capítulo 3. La <i>startup</i> acomplexada de Silicon Valley	69
Capítulo 4. Piedras videntes y ojos vigilantes	99
Capítulo 5. La pausa publicitaria	120
Capítulo 6. La guerra contra el Ejército	135
Capítulo 7. Un problema llamado Peter	155
Capítulo 8. Prueba de concepto	191
Capítulo 9. El director ejecutivo loco de remate	223
Capítulo 10. Una situación de supervivencia	244
Capítulo 11. Ganan los rebeldes	267
Epílogo	289
Bibliografía	303

Prólogo

Creando un mundo seguro para él

«Debe de haber un laboratorio de metanfetamina por aquí».

Alex Karp había salido a correr. Era la tarde de un martes de septiembre de 2021 y, aunque todavía hacía calor en el norte de Nuevo Hampshire, se notaba un ligero aire otoñal, cierto frescor bajo el sol. Karp, vestido con pantalones cortos de ciclista y camiseta, avanzaba muy lentamente por la carretera que bordeaba su propiedad. El ritmo suave era deliberado, parte de un régimen de acondicionamiento prescrito por los antiguos comandos noruegos que le servían de guardaespaldas y lo ayudaban a entrenarse para el esquí de fondo, un deporte que practicaba de forma obsesiva. Antes de salir a correr, Karp había hecho una sesión de taichí con su instructor de toda la vida, el gran maestro Yang Yang, que había volado desde Nueva York a visitarlo, y había almorzado rápidamente unos *pretzels* untados con mantequilla de cacahuete.

Karp estaba al pie de una colina cuando un coche destartalado apareció en frente de él. Además, circulaba muy despacio, como si el conductor estuviera perdido o buscando una dirección difícil de encontrar. Había un hombre al volante y una mujer en el asiento del copiloto. Parecían tener entre veintitantos y treinta y pocos años, y

sus rostros demacrados sugerían una vida dura. El trabajo de Karp consistía en fijarse en las cosas: dirigía una empresa especializada en el reconocimiento de patrones, y recientemente había observado un par de coches extraños que circulaban por el barrio poco concurrido, lo que le llevó a hacer el comentario sobre el laboratorio de metanfetamina. Cuando el coche se acercó, Karp levantó la mano para saludar. La pareja no respondió; se limitó a mirarlo con recelo.

La sospecha era comprensible: pasaban por una sinuosa carretera rural a tres millas de la ciudad más cercana, quizás a una hora de la frontera canadiense, y de repente, frente a ellos, apareció un hombre atlético con una enorme mata de pelo canoso haciendo *footing* en medio de la calle, seguido por unos tipos corpulentos en bicicleta y escoltado por una camioneta Chevy Suburban negra con los cristales tintados. Karp tenía motivos para preguntarse qué hacía la pareja allí, pero esta tenía aún más motivos para sospechar de él y de su séquito. ¿Eran policías de la brigada de narcotráfico tendiéndoles una trampa? ¿Alguien en el programa de protección de testigos? ¿Un narcotraficante? Si la pareja realmente iba de camino a realizar una compra ilícita, el curioso encuentro sin duda le resultaría desconcertante. Si hubieran sabido la verdadera identidad de Karp, tal vez hubieran pisado el acelerador a fondo. Sin embargo, pasaron junto a él con cautela, como para dejar claro que no querían problemas.

Karp continuó caminando delante del coche. Mientras avanzaba a paso lento, mencionó la donación de 180 000 dólares que había hecho recientemente a un ermitaño local conocido como «River Dave», cuya cabaña se había incendiado. Había sido un acto de bondad, pero también un gesto de solidaridad, de un introvertido a otro. El regalo acaparó los titulares en todo el país. Algunos artículos señalaron que Karp había recibido un paquete de compensación por valor de 1100 millones de dólares en 2020, lo que lo convirtió en el director ejecutivo mejor pagado de una empresa cotizada en ese año.

Tras detenerse un momento para observar unos zorros que cruzaban la carretera, Karp pasó a hablar sobre la probabilidad de una guerra con China y la importancia de mantener el dominio estadounidense en el ámbito del *software* informático. Esto dio pie a una breve diatriba sobre la ideología «*woke*» de Silicon Valley y lo que él consideraba la ambivalencia indefendible de la industria tecnológica respecto a trabajar con el Ejército estadounidense. Y, como solía ocurrir, el tema de la conciencia social condujo la discusión hacia nuestra *alma mater*, Haverford College, al hecho de no haberlo invitado a dar una charla en el campus y lo que él consideraba un pobre esfuerzo para captarlo como mecenas, algo que le parecía insultante y una locura.

Después de correr tal vez durante media hora, Karp llegó a una intersección que marcaba el final de su ruta. Se secó con una toalla, bebió un sorbo de agua y se subió al asiento del copiloto del Suburban (Karp nunca había aprendido a conducir). En el corto trayecto de vuelta a su casa, arremetió contra Facebook, calificándolo de «negocio parasitario», y confesó que su presidente y director ejecutivo, Mark Zuckerberg, había llamado recientemente a su amigo común, Peter Thiel, para quejarse de los ataques de Karp contra su empresa. Su propiedad comprendía quinientas hectáreas saturadas con pinos y abedules sobre una ladera con una suave pendiente; su casa ofrecía una vista imponente de las Montañas Blancas. Karp entró y se encontró con Günter, uno de los cuatro austriacos que le servían como asistentes ejecutivos. Los otros eran Gabriel, Hermann y Agnes. Martin, un suizo, también formaba parte de su equipo personal. Habló brevemente con Günter en alemán, como se comunicaba con sus asistentes casi exclusivamente. Varios miembros del equipo de seguridad de Karp, que incluía a cinco noruegos, un puñado de estadounidenses, un par de austriacos, un irlandés y un escocés, estaban comiendo tarde en la mesa de la cocina. Era una escena algo surrealista que evocaba la guarida de un villano de Bond.

Sin embargo, la empresa de Karp trabajaba con la inteligencia británica, no contra ella, y la mezuzá¹ en la puerta principal no era muy característica de una película del 007.

Karp sugirió ir al campo de tiro que tenía en su patio trasero para practicar tiro al blanco, pero descartó la idea al percibir mi falta de entusiasmo. Cuando entramos en la sala de estar, colocó su teléfono en una jaula de Faraday² y me pidió que hiciera lo mismo. «Los chinos se habrían vuelto locos si no intentaran escuchar mis llamadas», explicó. Un solterón de por vida, ahora entrado en sus cincuenta, Karp poseía varias propiedades en Estados Unidos y Europa. La casa de Nuevo Hampshire era su residencia principal. Sentía un apego sentimental por el norte de Nueva Inglaterra —también tenía una casa en Vermont, el estado lindante—; había pasado allí los veranos de su infancia, cuando sus padres aún estaban juntos, antes del amargo divorcio que trastornó su vida durante un tiempo.

La villa apenas estaba amueblada; tenía un sofá y algunas sillas, pero por lo demás parecía desocupada. Esto era un reflejo del ascetismo de Karp y también de su agenda itinerante; antes de que la COVID-19 lo atara a un solo sitio, pasaba aproximadamente trescientos días al año viajando y rara vez se quedaba en el mismo lugar más de una o dos noches. Insistía en que su trabajo lo requería, pero algunos de sus colegas se mantenían escépticos al respecto. «Está claro que este tipo está huyendo de algo», dijo uno de ellos, riendo. Había libros tirados por toda la casa. Una biografía en alemán de Albert Einstein yacía sobre la mesa del comedor, junto a una colección de novelas de John le Carré.

1 Nota del editor: «La palabra *mezuzá* significa jamba o quicio. Hace referencia a una cajita en la que se introducen determinados pasajes bíblicos, que se colocan en las puertas de las casas, y en ocasiones también en la entrada del dormitorio». (Museo Sefardí, s.f.).

2 Nota del editor: Estructura conductora cerrada diseñada para bloquear campos eléctricos externos. (Clínica Universidad de Navarra, 2023).

Podría parecer una yuxtaposición peculiar, pero en casa de Alex Karp tenía cierta lógica.

Karp era el director ejecutivo de Palantir Technologies, una empresa especializada en el análisis de datos. Palantir, cuyo nombre proviene de las piedras videntes de *El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien, creó un *software* capaz de examinar enormes cantidades de datos para identificar conexiones y tendencias que a los analistas humanos les llevaría días, semanas o incluso meses encontrar. Se fundó después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 con el objetivo de ayudar al Gobierno estadounidense a combatir el terrorismo, y fue financiada en parte por In-Q-Tel, la división de capital riesgo de la CIA. Varios servicios secretos utilizaban Palantir, incluido el Mossad. Se especula que su tecnología desempeñó un papel en la incursión de 2011 que acabó con la vida de Osama bin Laden, lo que ha conferido a Palantir un halo de misterio permanente.

No obstante, el trabajo de la empresa no se limitaba a la lucha contra el terrorismo: las seis ramas del Ejército estadounidense habían desplegado su tecnología. Más de tres docenas de agencias federales eran clientes de Palantir, entre ellas el FBI, el Servicio de Impuestos (IRS) y los Institutos Nacionales de Salud (NIH). Grandes empresas como British Petroleum, el gigante energético, utilizaban Palantir para comprender la avalancha de datos que generaban cada día. Aunque Palantir era una empresa relativamente pequeña, con apenas cuatro mil empleados, su alcance era tentacular. La diversidad de problemas que abarcaba —entre ellos el terrorismo, el cambio climático, la hambruna, la inmigración, la trata de personas, el fraude financiero y el futuro de la guerra— lo ubicaba en el meollo de los asuntos más importantes del siglo XXI. Esto quedó claramente demostrado durante la pandemia, cuando más de una docena de países utilizaron el *software* de la empresa para intentar rastrear y contener el nuevo coronavirus. Estados Unidos y Gran Bretaña también recurrieron a Palantir para que les ayudara a distribuir las vacunas.

A pesar de la evolución de los negocios de la empresa, su misión principal se mantuvo inalterada: según Karp, Palantir existía para defender Occidente, un mandato que se conocía internamente como «salvar la Comarca», una referencia a las raíces literarias de Palantir (la dirección de la empresa también solía llamar a los empleados «*hobbits*»). Su agenda explícitamente ideológica convirtió a Palantir en una rareza en el mundo empresarial. Desde el principio, se negó a hacer negocios en China y Rusia porque consideraba a ambos países como adversarios. Esta decisión acabó siendo acertada, pero, a mediados de la década de 2000, a algunos inversores potenciales les resultó extraña: ¿por qué una empresa renunciaría al floreciente mercado chino? Sin embargo, en Palantir, la búsqueda por la rentabilidad —un objetivo que le resultaría muy dificultoso— siempre estuvo subordinada a lo que Karp y sus colegas consideraban su propósito superior: convertir a Palantir en una espada y un escudo para Estados Unidos y, en general, para Occidente.

Palantir parecía un caso atípico en Silicon Valley, un centro económico dominado por empresas que vendían productos y servicios de consumo. Pero los «palantirianos» (como se llamaban entre ellos) se enorgullecían de ser diferentes; en lugar de fabricar *gadgets* y juegos, creían que estaban en la primera línea de una batalla para preservar el estilo de vida estadounidense. Aunque la empresa tenía su sede en Palo Alto, Karp y sus colegas sentían un profundo resentimiento hacia el Valle y su cultura —Facebook se convirtió en objeto de especial desprecio—. Es más, la sensación de alienación les proporcionaba una motivación adicional. En 2020, Palantir rompió formalmente con el Valle al trasladar su sede a Denver, Colorado.

Sin duda, Karp era una excepción en la industria tecnológica. No tenía formación en informática o en negocios, y con su historia personal, nadie hubiera imaginado que sería el elegido para dirigir una empresa que aspiraba a convertirse en el proveedor de *software* preferido de la

comunidad de inteligencia. Karp, un judío mestizo criado en un hogar de izquierdas de toda la vida, se licenció en Filosofía en Haverford. Posteriormente, obtuvo una licenciatura en Derecho por la Universidad de Stanford y un doctorado en Teoría Social por la Universidad Goethe de Fráncfort (Alemania), donde, durante un tiempo, tuvo como mentor a Jürgen Habermas, quizás el filósofo vivo más aclamado de Europa. El hecho de que Karp fuera disléxico resaltaba sus logros académicos como un éxito impresionante.

Sin embargo, no tenía ningún deseo de seguir una carrera académica, así que, cuando Peter Thiel —un compañero de la facultad de derecho que había cofundado PayPal— le preguntó en 2004 a Karp si estaría interesado en unirse a una *startup* que desarrollaba *software* para combatir el terrorismo, aprovechó la oportunidad. Poco después, Karp se convirtió en el director ejecutivo de Palantir. Sus credenciales académicas, junto con su aspecto y modales distintivos, lo convirtieron en un líder fascinante para una empresa como Palantir. Lo mismo ocurrió con sus opiniones políticas: durante un tiempo, afirmó ser un «neosocialista», lo que parecía inusual para alguien que trabajaba en la intersección entre la tecnología y la seguridad nacional. También ofrecía un curioso contraste con Thiel, que era libertario (y que más tarde se inclinó hacia la extrema derecha). Y aunque algunos inversores de capital riesgo de Silicon Valley inicialmente desdeñaron a la empresa, Karp resultó ser un defensor convincente de Palantir.

El antiguo académico promocionó Palantir como si su vida dependiera de ello —y en su mente, así era—. Desde niño, a Karp lo había consumido una sensación de vulnerabilidad: era judío y negro en un mundo que parecía implacablemente hostil hacia los judíos y los negros. Además, sufría de una discapacidad en el aprendizaje. Creía que solo en una sociedad que ofreciera una protección sólida a las minorías y otros grupos en riesgo podría sobrevivir y prosperar alguien como él. «Mi mayor temor es el fascismo», afirmó en 2019 durante una de nuestras

primeras conversaciones. En ese momento, creía sin ambages que defender la democracia liberal era sinónimo de defender Occidente. La misión de la empresa era personal: Palantir estaba convirtiendo el mundo en un lugar más seguro para Alex Karp. Y en un grado inquietante, la empresa era un reflejo de él: de sus hábitos y peculiaridades, de las experiencias que lo habían moldeado y, sobre todo, de su sombría visión del mundo y las ansiedades que le pesaban. Su presentimiento, dijo, «impulsa muchas de las decisiones de esta empresa».

El compromiso de Karp con Palantir era absoluto, algo que destacó en una entrevista con *Forbes* en 2013. «Los únicos momentos en los que no pienso en Palantir son cuando nado, practico *chi kung* o mantengo relaciones sexuales», declaró a la revista (la natación era su deporte principal en aquella época). Karp rara vez se tomaba un día libre y la mayoría de las noches entre semana cenaba en su escritorio. No tenía hijos, pero mantenía dos relaciones sentimentales de largo plazo con dos mujeres simultáneamente, un arreglo que funcionaba porque era «geográficamente monógamo», como acertadamente describió un colega (esta persona también dijo que ambas mujeres eran «adecuadas para su edad»). Cuando Karp no estaba ocupándose de sus negocios, solía dedicarse al esquí. La mayoría de sus casas estaban situadas en lugares remotos, elegidas por su proximidad a pistas de esquí de fondo. Si el tiempo lo permitía, esquiaba entre veinte y veinticuatro kilómetros al día. Pero, según Karp, incluso su afición por el esquí estaba al servicio de Palantir: creía que solo alguien con la condición física de un atleta de élite podía mantener un ritmo tan agotador como el suyo.

Bajo la dirección de Karp, Palantir cobró un peso determinante en el análisis de datos; en una empresa multimillonaria con lujosas oficinas en todo el mundo y un aura de intriga —meticulosamente cultivada— que la distinguía incluso en el frenético ambiente de Silicon Valley. La validación, tanto para Palantir como para Karp, llegó en 2020, cuando la empresa, tras posponer por años su salida a bolsa,

entró en el mercado bursátil. La exitosa cotización en bolsa confirmó la viabilidad de Palantir y convirtió a Karp oficialmente en multimillonario. Aparte de comprar más casas (y, finalmente, su propio *jet* privado), la riqueza no cambió su estilo de vida, y Karp profesó indiferencia hacia su patrimonio neto, aunque no todos en su entorno estaban convencidos de ello. «Probablemente él esté más motivado por el dinero de lo que cree, y yo estoy menos motivado por el dinero de lo que la gente cree», dijo Thiel. Pero Karp disfrutaba de su nueva posición. Ahora era el centro de atención en eventos como el Foro Económico Mundial, que se celebraba cada año en Davos, Suiza. Los jefes de Estado ansiaban escuchar sus opiniones y cada vez estaba más solicitado como conferenciante. En todas partes... excepto en Haverford College.

La reticencia de la universidad a acoger a Karp no era sorprendente. Palantir era una empresa controvertida. Su *software* podía permitir la vigilancia masiva, y los vínculos de la empresa con la comunidad de inteligencia y las fuerzas del orden eran motivo de gran preocupación para los defensores de las libertades civiles y la privacidad. La primera presidencia de Trump también había convertido a Palantir en una empresa tóxica a ojos de muchos observadores. La empresa se vio implicada en el escándalo de Cambridge Analytica, en el que, de forma subrepticia, se utilizaron datos de Facebook para intentar manipular a millones de estadounidenses con el fin de que votaran a Donald Trump en 2016. Un punto aún más conflictivo fue el trabajo de Palantir con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (ICE). Cuando Trump lanzó su campaña de represión de la inmigración, Palantir fue acusada de ser cómplice de políticas racistas e inhumanas. El hecho de que Thiel hubiera sido uno de los partidarios más destacados de Trump solo añadió más leña al fuego.

Se organizaron protestas frente a las oficinas de la empresa, así como delante de la casa de Karp en Palo Alto. Palantir dejó de ser

bienvenida en algunos campus universitarios, entre ellos, al parecer, el de nuestra *alma mater*. Los años de Trump, además de suponer un fiasco en materia de relaciones públicas, pusieron de manifiesto una incómoda verdad: la tecnología de la empresa sería un arma poderosa en manos de un régimen autoritario.

No obstante, salvo por Haverford, todo aquello no era más que un recuerdo desagradable cuando visité a Karp en Nuevo Hampshire en septiembre de 2021. Fui allí para hablar de mi interés en escribir un libro sobre él y Palantir. El año anterior, había publicado un artículo sobre Palantir en *The New York Times Magazine*. No nos conocíamos antes de ser asignado a ese trabajo: a pesar de que estudiamos en la misma clase en Haverford, de alguna manera conseguimos no intercambiar ni una sola palabra, algo difícil de creer en una escuela con menos de 1500 estudiantes. Nos conocimos en abril de 2019, cuando fui a la oficina de Palantir en Nueva York para mantener una conversación extraoficial con él (quizás con la esperanza de reavivar el espíritu universitario, o algo parecido, bebió una cerveza sin alcohol mientras hablábamos). En los meses siguientes, nos volvimos a encontrar en Nueva York, así como en Washington, París y Vermont. Desarrollamos una buena relación; Karp parecía sentirse cómodo hablando conmigo y se sinceró sobre Palantir y sobre sí mismo.

El artículo, publicado en octubre de 2020, unas semanas después de que Palantir saliera a bolsa, tenía unas nueve mil palabras. Aun así, sentí que había más que decir. Karp era una figura *sui generis* en el panorama empresarial, y Palantir era quizás la empresa más interesante del mundo —y posiblemente una de las más peligrosas—. Su tecnología tenía el potencial de ayudar a configurar el equilibrio de poder en el siglo XXI y de alterar la relación entre el individuo y el Estado. Palantir era una ventana al futuro panóptico que ya había llegado, y no se podía empezar a comprender la empresa sin desentrañar la personalidad tan peculiar de quien la dirigía.

Karp se mostró receptivo a la idea del libro. Dijo que imaginaba que se escribiría un libro sobre Palantir y que tenía sentido cooperar con un autor que conocía y le caía bien. Lo que no dijo, pero sin duda era cierto, era que quería ser el protagonista del libro. Aunque Karp era el director ejecutivo de Palantir, la prensa solía referirse a la empresa como «Palantir de Peter Thiel». Esto fue en particular cierto durante la primera Administración Trump, cuando el nombre de Thiel era una forma de atraer clics. Pero, aunque Thiel había concebido la idea de Palantir y era el presidente del consejo de administración, nunca había desempeñado ningún papel en las operaciones diarias. Tras la salida a bolsa de Palantir, Karp quería ser reconocido como el principal artífice del éxito de la empresa, y este fue el principal motivo por el que aceptó colaborar conmigo.

Karp fue generoso con su tiempo y sus pensamientos. Muchas de nuestras conversaciones fueron en persona, normalmente en Nueva York o Washington. Además, en numerosas ocasiones, hablamos por videoconferencia y por teléfono. Tenía una oferta permanente para viajar con él en su *jet* privado, pero desde el principio decidí que era mejor no hacerlo; temía que eso pudiera socavar la integridad del libro. Tampoco quería volar con él porque me preocupaba que mi presencia en el avión le resultara agotadora. Era difícil mantener la atención de Karp. Muchos de sus compañeros pensaban que tenía TDAH. Durante las reuniones, a menudo jugaba con un cubo de Rubik y, si no, jugueteaba con cualquier otra cosa. Si la conversación la manteníamos de pie, practicaba movimientos de taichí mientras escuchaba o hablaba. Por lo general, podía mantener una conversación productiva durante treinta o cuarenta y cinco minutos conmigo antes de empezar a distraerse.

Aunque Karp era muy reservado, entendía que sería difícil escribir un libro sobre él sin la colaboración de quienes mejor lo conocían. Su hermano Ben, que vive en Japón, habló conmigo a menudo y compartió

muchos recuerdos y opiniones. También entrevisté a la madre de Karp. Su padre tenía problemas de salud y no estaba disponible. Karp no colaboró en todo: por ejemplo, se negó a ponerme en contacto con las mujeres con las que mantenía relaciones. De todos modos, conocí a una de ellas, pero solo por casualidad: es estadounidense. Su otra relación es con una mujer europea, con la que lleva más de dos décadas. Palantir es una empresa complicada y Karp tiene una vida complicada.

Cuando empecé a trabajar en el libro, Joe Biden estaba en la Casa Blanca, los manifestantes ya no se congregaban frente a las oficinas de Palantir y lo peor de la pandemia parecía haber pasado. Me preguntaba si estaríamos entrando en un periodo tranquilo para Karp y la empresa. Sin embargo, a las pocas semanas de empezar mi reportaje, Rusia invadió Ucrania, un conflicto en el que la tecnología de Palantir desempeñaría un papel fundamental. Los espectaculares avances en las capacidades del aprendizaje automático, subrayados por el debut de ChatGPT en noviembre de 2022, anunciaron el amanecer de la revolución de la inteligencia artificial, y tanto en el lado militar como en el comercial, Palantir estaba a la vanguardia de esta tecnología. Luego llegó el 7 de octubre, el ataque de Hamás que dejó 1200 israelíes muertos. Esta tragedia fue uno de los acontecimientos que marcaron la carrera de Karp, y también supuso un momento trascendental para Palantir: comenzaba la nueva guerra contra el terrorismo en un mundo que ahora resultaba muy inseguro para los judíos, y muy inseguro para Alex Karp. Todos los temas principales de la vida de Karp —su sensación de vulnerabilidad, su profundo apego a su herencia judía (en contraste con su aparente ambivalencia sobre su herencia negra), su desdén hacia la izquierda identitaria y hacia el mundo académico— convergieron en torno a esta única cuestión, y escucharlo en los días y semanas posteriores a la masacre fue especialmente revelador.

La matanza en Israel también consolidó su metamorfosis política. Hacía tiempo que había dejado de describirse a sí mismo como

«neosocialista», pero cuando lo conocí seguía afirmando ser progresista y, en ciertos temas, como la inmigración, expresaba opiniones que parecían coherentes con una cosmovisión liberal. A la vez, se oponía a la *affirmative action*³ y era un firme defensor de la Segunda Enmienda. Pero durante la presidencia de Biden, no era difícil darse cuenta de que casi nunca le dedicaba calificativos favorables al Partido Demócrata, y que a menudo lo despreciaba. Por el contrario, se deshacía en elogios a los republicanos, incluso a Trump. Durante un tiempo, supuse que se trataba de un mero afán por la polémica, o una forma de transmitir un espíritu independiente. Aunque pronto me quedó claro que se estaba desplazando hacia la derecha, y el pogromo del 7 de octubre y el estallido de protestas contra Israel en las universidades lo llevaron a romper decisivamente con los demócratas.

En el transcurso de mi reportaje, también fui testimonio de la transformación de la imagen pública de Karp. Cuando había llamado la atención en el pasado, se lo consideraba principalmente un excéntrico, un tipo raro. Durante mucho tiempo, abrazó esa personalidad y se refería con orgullo a sí mismo como «el CEO loco de remate». Pero la impresión que causaba comenzó a cambiar como resultado de Ucrania, la IA e Israel. Se pronunció abiertamente sobre los tres temas con aportaciones interesantes, a menudo provocadoras. También demostró valentía física: en mayo de 2022, tres meses después del inicio de la guerra, viajó a Kiev para reunirse con el presidente ucraniano Volodímir Zelenski. Karp proyectaba seriedad, una percepción alimentada por lo que parecía ser la falta de compostura de otras figuras

3 Nota del editor: La acción afirmativa o discriminación positiva engloba una serie de medidas (públicas y privadas) diseñadas para eliminar la discriminación ilegal de solicitantes en el sector académico y laboral, remediar la discriminación pasada y prevenirla en el futuro. Tras el fallo del Tribunal Supremo en la decisión *Students for Fair Admissions v. Harvard* en 2023, fue revocada la legislación relacionada con medidas basadas en diferencias raciales para la admisión a las universidades. (*The New York Times*, 2023).

importantes del mundo tecnológico. Mientras Karp visitaba zonas en conflicto y hablaba de cuestiones de guerra y paz, Mark Zuckerberg y Elon Musk planeaban enfrentarse en una pelea.

A pesar de que su prestigio e influencia crecían, Karp era incapaz de dejar de lado sus rencores. Rara vez se mostraba más animado que cuando arremetía contra Wall Street o Silicon Valley. Esto me resultaba desconcertante. Su empresa prosperaba y era multimillonario; desde cualquier punto de vista, había «ganado». Entonces, ¿por qué no podía pasarlo por alto? Con el tiempo, me di cuenta de que necesitaba enemigos. Los escépticos y los detractores, reales e imaginarios, le daban una motivación adicional y formaban parte de la narrativa más amplia que Karp había construido sobre sí mismo y sobre Palantir: que eran eternos *outsiders*, los bárbaros a las puertas de Roma.

Karp y la empresa supieron aprovechar esa imagen rebelde para lograr resultados en Palantir, cuyo éxito se aceleró drásticamente mientras trabajaba en el libro. La lucha de la empresa por la rentabilidad había sido una fuente de exasperación para sus inversores, entre ellos Peter Thiel. Pero a finales de 2022, tras casi veinte años en el negocio, la empresa finalmente obtuvo beneficios, lo que supuso un punto de inflexión. A partir de entonces, Palantir rentabilizó la inversión cada trimestre y, gracias al auge de la IA generativa, sus ingresos se dispararon. En septiembre de 2024, Palantir entró en el S&P 500, lo que Karp consideró el hito más importante de la empresa hasta la fecha. Sus acciones se habían más que duplicado desde principios de año y seguían subiendo. El 4 de noviembre, Palantir publicó otro informe estelar de resultados y ganó casi 10 dólares por acción, cerrando por encima de los 50 dólares por primera vez.

Poco más de veinticuatro horas después, Donald Trump fue reelegido presidente. El tema principal de su campaña era la promesa de una política de inmigración aún más dura, que podría suponer la expulsión de millones de personas de Estados Unidos. La campaña de Trump

destacó por su retórica violenta, un lenguaje que muchos académicos (y votantes) consideraron fascista. Dos exgenerales que habían servido bajo Trump durante su primera Administración, John Kelly y Mark Milley, también calificaron públicamente de fascista a Trump. Trump claramente tenía poco respeto por el Estado de derecho y las normas constitucionales, un hecho que quedó al descubierto con su intento de anular las elecciones de 2020. Con el regreso de Trump al poder, parecía que el autoritarismo había triunfado en Estados Unidos y que Palantir, que Karp siempre había promocionado como un baluarte del orden internacional liberal, pasaría a servir a la agenda de un presidente que despreciaba la tradición política estadounidense, desdeñaba la alianza occidental y sentía una extraña admiración por algunos de los tiranos más brutales del mundo.